

1. LUGAR DE AUTOR

De dónde son las palabras

LUISA FUTORANSKY

Las lenguas de hablar, de escribir o de pensar a veces reflejan simplemente, como en los últimos descubrimientos astronómicos de las “enanas morenas” (estrellas opacas que constituirían gran parte del universo), la fuerza poderosa de la lengua ausente. Es decir la que permite u obstaculiza la adquisición de lo más difícil para un expatriado: la residencia interna.

El 11 de junio de 1938, Freud escribía al psicoanalista suizo Raymond de Saussure: “Tal vez, en lo que respecta a lo que siente el emigrado en forma tan dolorosa, a Ud. le falte comprender un punto. Se trata de la pérdida de la lengua en la que se ha vivido y pensado, que no podrá reemplazarse por ninguna otra, pese a todos los esfuerzos que se realicen por hacerla propia. Para mí es doloroso comprobar que en inglés, los medios de expresión sin embargo bien conocidos, se encuentran frustrados y como *ello* intenta resistirse al abandono de la escritura gótica que me es familiar”.

Es el mismo Freud que con la clarividencia que también le es dolorosamente familiar, cuando ese mismo año se produce el Anschluss,^{*} no escribe en alemán o inglés, acude a una lengua muerta –el latín–, para definir lo irreversible: *Finis Austriae*, y poco más tarde, dos palabras que resumen el drama de los pocos que pudieron irse del infierno, hacia otro círculo del mismo: “¿dentro de 14 días, emigración?”

Trasterrado, sin tierra, expatriado, asilado, exiliado, alejado, ausente, colonizado, huido, porque casi siempre, en el comienzo... la emigración es golondrina y se acrecienta sin orillas, sin respuesta a las carencias que van más allá de un palmo de la superficie. Carencias que se erizan ante el primer no dicho evocador. Eclipses que se desquitan en los sueños que borramos de prisa con el codo. Con rabia y enajenaciones

^{*} En 1938 Austria es anexada a la Alemania de Hitler y pasa a formar parte del Reich hasta 1945.

a granel.

Porque atrás queda desterrada, la imagen fija, anclada, de un hatillo como una caja fuerte en el fondo de la memoria cuyos cerrojos saltaron o se perdieron en el reino del dolor fundacional. Son esas llaves herrumbradas de casas inexistentes que los emigrantes guardan de generación en generación, de casas que sólo existen en el hoyo negro de los astrónomos, con el mapa de la isla del tesoro de la infancia. A veces como única joya en ese cofre de Pandora, un solitario juego de abalorios para musitar encantamientos en lenguas desarticuladas, poderosas para construir o destruir los muros de todas las vallas y alambradas, de Jericó a Berlín. Una maratón, una arena donde las banderillas clavadas en carne viva de cada uno, dan cuenta de los *finis austriae*, personales, inapelables, de cada emigrante de ayer o inmigrantes de mañana.

Y llegó partir / a exilios lejanos y tierras desiertas fuimos obligados por los augurios de los dioses, pregona La Eneida.

No se sabe ni supo nunca bien porqué los augurios de los dioses se disfrazan de plagas y corporizan en guerras, hambrunas o tiranías.

Periódicas diásporas o éxodos que producen tembladerales similares pues lo más enfermo y frágil en un emigrado son las raíces. Tal vez por eso las primeras publicaciones de las prensas comunitarias en el nuevo asentamiento, con harta persistencia se llamen “*Raíces*”. Y son en la lengua que persiste, la de los pactos y transacciones familiares, la de los secretos, las pasiones y los duelos.

Ya Rabbí Ben Luria, el gran cabalista judío medieval ve en Dios, el primer exiliado, el primer traducido. El que no se nombra porque no tiene nombre y al mismo tiempo tiene tantos que no los puede ni podemos enumerar, debe retirarse, autoexpulsarse de su propia creación: para que ella exista tiene que condenarse a quedar fuera de ella, esto es, fuera de sí.

Anidar pues, entre el vacío y el caos. Peligroso malabarismo. Exigencia extrema la del cabalista de recomponer el damero inmemorial de las lenguas astilladas como vasos que perdieron su significado primero de ofrenda y comunicación.

Después del diluvio, el exilio, a partir de Babel es un castigo, como la traducción.

Una memoria transgeneracional de remotas errancias y nomadismos arquetípicos y primordiales.

Cuánto camino el emprendido desde entonces hasta los viajes nuestros sin mayores desplazamientos espaciales sino hacia el propio pasado, estas exploraciones internas y no geográficas, revés de la trama y del viajero que vislumbra el lenguaje detrás

del lenguaje apesado raramente en algún sueño, en cierta pesadilla, en el interlineado o el silencio cómplice de un verso fugaz, en el marco de un poema.

Enmarañada tela de araña en la que a veces espacio interno y exterior son tangenciales y evidencian en el haz de la iluminación de que fue ésa, la primer frontera, la que produjo y provocó los exilios ulteriores y, por ende los asilos. Todos. Por eso me resisto hasta la enfermedad a las fronteras con sus papeles y papeleos imposibles. Y ni qué decir de sus uniformes y sus varas de medir.

Los verdaderos viajeros son aquellos que viajan por viajar, dicen algunos, no por huir, pero el que esté exento de huidas que arroje el primer ancla.

Pero unos y otros emprenden a sabiendas o no, la dolorosa operación de traducir, trasvasar, traspasar el paisaje al hombre. Para ello ante todo hay que construir un puente. Y cada uno lo establecerá según sus medios, de peligrosas cuerdas o sofisticada ingeniería, para llevar a buen puerto las palabras apropiadas que viertan el paisaje interno, ese que fue delineándose desde la infancia con sus sabores y acrimonia singulares al común denominador del otro margen, transacción aún más dura si cabe ya que por lo general se la realiza cuando la memoria ha hecho de las suyas, falseando datos y balances. Pues casi siempre la transmutación se efectúa cuando hay que padecer los estragos del invierno, tanto los de dentro como los de fuera. A cual peores.

En realidad son muy pocos los turistas que se interesan en el paisaje como fin en sí. Para nuestros exiliados e inmigrantes la naturaleza como calidad estética no es un rasgo a valorar, como no lo son las huellas históricas ni el pasado arqueológico del lugar donde se vive. Su energía viene de otro pozo, se confunde con emociones y sentimientos secretos y psicológicos.

El desfallecimiento, la impotencia acuden cuando se quiere trasladar la vasta gama de respiraciones indispensables para vivir en una lengua, porque las herramientas no responden, quiero decir la voz es ajena y la palabra oral y escrita no están a la altura ni de uno mismo ni del ostracismo a que nos condenan los otros porque la lengua del meteco tiene algo de “no serio” algo que desestabiliza y rinde irónico o produce un dejo de menosprecio en el otro, el temido gentil, bárbaro o *goi* según el ángulo del que se lo fotografíe. El propietario del juicio y las instituciones del juicio, desde la Santa Inquisición a la comisaría de barrio. Los que juzgan las mímicas y muecas del otro desde fuera del acuario y gozan con ello, porque nadie es en la mirada del otro tal y como querría ser mirado, nadie, sobre todo nosotros mismos nos vemos como queremos que nos miren. El amor mejor ni mencionarlo; *manar y maná* son harina de otros costales que fluyen y refluyen de antiguos surtidores.

Retornemos mejor el índice del discurso al deje, el acento y la gestualidad porque traicionan más que la indumentaria y la educación, la extranjería.

¡Cuántos años de heridas y ofensas sin vengar para responder a un impropio!

¡Cuánta pericia para retener una cifra elemental! ¡Cuán imborrable la nana que adormece todos los pesares!

La del expatriado tiene algo de la lengua del límite, la de los niños, la de los locos, también la de los poetas.

Yo vengo de ahí, de aquellas palabras están hechas y rehechas mis frágiles ciudadelas contra la peste. Están elaboradas de puro *patchwork*: frases, retazos, cosechas vitales, palpitaciones a lo largo y ancho de mis días y mis vías; mis lecturas, en suma, esta vida desordenada, esta poesía que es la mía.

En algún momento hay que admitir y lo estoy haciendo, que se viene de la cantidad de la palabra y se va hacia la calidad y exactitud de la palabra.

Hoy aspiro, ferviente, ardientemente, porque la sinceridad la doy por descontada, a ir camino de ello sin olvidar las coordinadas tramas secretas de la música interna. Las que se conjugan con las texturas más remotas y arquetípicas de la imagen, esas melodías y armonías sagradas y tan profanas, que nacen del resplandor que abandona el rayo.

La poesía en suma, como una alquimia precisa que va más allá del misterio y reside donde florece el primer asombro.

La melancolía de las panteras negras

Imaginemos una piedra de deshielo. Se desliza por la fuerza de gravedad –de la que los seres animados e inanimados somos tributarios hasta hoy–, los vientos y los accidentes del terreno; con su corazón, su centro cordial duro de antiguos minerales y una periferia que crece con hierbas, obstáculos, pequeños objetos que se le lían como ayuda memoria u anécdotas del terreno, hasta que confluye en un río violento, que como todos los ríos van hacia el mar, pero como pregona la Biblia, el mar no se henche. Tal presiento, recojo y observo la voz de las minorías diaspóricas en el canal grande de la literatura hispanoamericana.

Dentro de ese conglomerado palpitante y singular que son las palabras escritas de decir, contar y soñar en este siglo de nuestra vasta cartografía literaria, me detengo, intrigada, con grandísimo respeto en un período particular –el de entre dos guerras–, y un sector preciso de personas que di en llamar “las mudas”. Quisiera referirme a nuestras abuelas y bisabuelas. Las que fueron empujadas de sus pueblitos incendiados a la “*goldene medine*”, inocente traducción de Eldorado al idish. No quiero señalar una imposibilidad real de la palabra, porque a veces gritaban como fieras, sino porque el testimonio escrito, sobre todo producido por ellas mismas es casi nulo. De esas mujeres quedan escasas –cuando no traficadas– partidas de nacimiento e intactas las de defunción, que obviamente ellas no escribieron.

Sus nombres y apellidos, castellanizados por los hijos o los nietos aparecen, en impías luchas por repartijas de herencias en el registro de propiedad inmobiliaria.

Quiero hablar de ellas porque el gran delito de nuestra época, porque no está codificado o sancionado por las leyes teológicas o seculares es la omisión. Mentir es pecado, a veces delito, pero omitir, callar, dejar de lado, culpablemente, no.

Pertenezco a la generación de los hijos de judíos que vinieron a la Argentina porque entre guerra y guerra y *pogrom* y *pogrom* se caían del mapa en barcos, como de alguna manera lo hacen ahora los albaneses, malayos, cubanos o haitianos y antes lo hicieron los vietnamitas; en suma, los náufragos de siempre. Los de una mano atrás y otra adelante, y gracias que hay manos.

Para quienes estén familiarizados con la pintura del Viejo Mundo que contó los desgarrones con que el Nuevo construyó su modernidad para devolvérselos al Viejo en elipsis y espirales de esfuerzo y sangre, les recuerdo la obra pictórica de Lazar Segall, centroeuropeo de Brasil, cuyos escenarios transcurren mayormente en sentinas abarrotadas de gente casi tan amarronada como las aguas de los deltas y el maderamen hinchado de esos barcos. El clima que se respira en sus telas es la fragilidad y lo precario porque en el abandono no hay amarras sino acechanzas. Con todo ello la picaresca de la nostalgia fue erigiendo hogueras, haciendo señales de humo para entenderse o simplemente calentarse un poco las articulaciones del alma.

Avidos, los emigrantes querían apropiarse del país y rápido; ese país del que todo lo ignoraban y al que tanto le exigían, al que los había conducido la furia combativa de húsares ajenos y hambruna bien propia. Es fácil comprenderlos, porque cuán humano es el deseo de entenderse al vuelo o caminar una calle de la que se conocen todas las trampas y repliegues. Se necesita un país para leer detrás de los muros, para conocer las gradaciones de los celos, las arrugas del bien y del mal en los rostros de los otros, quiero decir, los nuestros.

Los míos, no fueron judíos capitalinos, urbanos, porque tampoco lo habían sido en los lugares donde nacieron ni tampoco lo habían sido los padres de sus padres en los sitios de penuria de donde ellos a su vez también habían escapado. Luego de arduos, periódicos interrogatorios y rastreos casi siempre negativos o esquivos a mis parientes, encontré un vago punto en el mapa que antes como ahora, cambia de nombre y de bandera con cierta frecuencia, pero que siempre queda cerca de un río, tal vez lo único domesticado y leal del paisaje geográfico.

De las orillas del Dniester, parece que algunos de nosotros llegamos al idioma castellano como mis primos dicen que llegaron al portugués de Brasil o al inglés de Brooklyn. Lo de ver el mar, para ninguna de esta gente –mi gente–, estaba previsto, como lo de perderse para siempre, tampoco.

A la Argentina, por entonces llamada “*la Reina del Plata*” vinieron a lo mismo, a la periferia, –¿los de la periferia, no son acaso los únicos que evidencian el centro?– y buscando vaya saber qué secreto sueño de redención y tierra prometida, se me metieron en un lugar llamado Santos Lugares y acabaron vendiendo en la feria del pueblo cordones de zapatos, ristras de ajo y de cebolla, a coser entretelas de corbatas y vivos de pijamas. A reproducir en suma, el *shtetl*, centro del imaginario, la calle principal de ricos y de pobres, de leídos y tontos, de locos y de santos. De los sueños de Eldorado fueron sensiblemente bajando a los de la plata, el cobre y los minerales de menor nobleza y aleación. Terminando por reducirlos a dos: la casita propia de “material” y el hijo “doctor”. Y fueron abandonando palabras de una lengua agonizante, el idish, en las costas ávidas del Atlántico para consolidar su paso, a veces pagando en carne viva, de la utopía a la cultura. Como la generación que vino con Moisés a la tierra prometida y sin embargo para penetrar en ella hubo de vagar cuarenta años en el desierto. Es por ello que recién la segunda generación de inmigrantes, es decir la de nuestros padres, pero sobre todo la nuestra, empieza a producir la saga de su devenir después que los suyos hubieron atravesado sin voz y sin resuello décadas de penurias y pruebas a las que sobrevivieron por mero empecinamiento. Quizá también porque la Europa que habían abandonado era una hoguera donde prosperaban sólo el hambre y todas las pestes conocidas más otras nuevas de crueldad aún ignorada.

Entre tantas cosas que aún no escribí pero quisiera tanto está dar al menos una pálida vislumbre de la vida de esas jóvenes que venían de aldeas rudas en costumbres patriarcales, cosificadas en lenguas dialectales, a la pampa, las distancias inauditas, la locura. Transformaron, evolucionando sus *shtetls* como pudieron, a riesgo de poblar los asilos de melancolía o de violencia y los cementerios de suicidas; esos, los anatematizados que miran desde el costado, con sus lápidas al bias, las muertes “naturales” de los otros.

Cuando digo melancolía pienso en esos duelos exagerados y obligatorios de mi infancia, donde durante años las mujeres de mi familia y las vecinas, teñían en grandes tinajas de zinc con anilina negra la ropa de temporada, para respetar sus lutos rigurosos. Crónicas de barriadas enteras, inscritas en la memoria de la gente, por el respeto o violaciones de los duelos. Tres largos años de compostura monocroma para pasar luego a las gamas grises del medio luto. A veces la deficiente calidad de la operación

recordaba por lamparones el antiguo estampado, que reaparecía tenaz en extraños diseños sobreimpresos haciendo comparecer, la memoria de antiguas excitaciones que a floraban a contrapelo de las circunstancias. Sensación análoga a la que alguna vez me sorprendí en el zoo observando el lomo de las panteras oscuras. De cerca traslucían sus manchas de leopardos, la memoria familiar de su pertenecer. De allí este título, porque tal vez mis mujeres, en su fuerza aparente destilaban una densa, nostálgica *Melancolía de panteras negras*. Incapaces de aceptar las pérdidas. Demasiadas, tal vez, para una sola vida.

Hoy día los hachazos y puñaladas traperas que deparan en algún momento los fragmentos y esquirlas de nuestras propias existencias me hacen ampliar, tender hacia ellas la óptica de mi *com-patire* por atravesar como mis viejas madre, tías, abuelas y vecinas, similares estancias del catálogo de la pasión: ostracismo y exilio.

Las mujeres de quienes hablo no correspondían –pero debieron ajustarse como mejor supieron o supusieron que lo hacían– a los presupuestos de un imaginario urbano. Como sobrevivientes que eran debieron agudizar su ingenio en la percepción de lo inmediato. Sin llaves para traducir el nuevo mundo, debieron forzarlo con ganzúas u, a falta de otra cosa, horquillas para el pelo cambiadas, como ellas de destino. Repoblar la vida de nuevos gestos y palabras. Pero qué palabras. Cómo defender el cuerpo y las tradiciones orales que traían puestas, aferrándolas desde el medioevo al Nuevo Mundo, cómo y cuándo transar con las nuevas realidades que imponían inéditas relaciones entre el hombre y el trabajo.

Las fisuras comenzaron a hacerse ostensibles cuando todos los miedos de adentro y los de afuera no pudieron pasar por las mismas coordenadas de pensamiento y de palabra.

Estas escisiones suelen ser fecundas para abrir caudales preciosos en el ámbito de lo fantástico en la literatura y el arte en general, pero no en la lucha por la vida. Las ensoñaciones de los hombres, pueden dar origen a un infierno con parrillas o a los sublimes arbotantes de Notre Dame. *Helás!*, Notre Dame hay una sola, pero infiernos públicos y privados tantísimos. Así, los placares empezaron a poblarse de muertos y muertas en vida que no podían con la nueva realidad. La mayor parte eran melancólicos profundos, aunque algunos violentos también los hubo, los que terminaban en los loqueros con la más terrible de las condenas: el chaleco de fuerza; el que una vez

calzado, no admitía retorno alguno. Menos dramática, más graciosa y modestamente, la mayor parte de nuestras damas soñaba con el *golem*, un doméstico zombi que las aliviara de las agobiantes tareas en el hogar y la defendiera con eficacia en el mundo azaroso de las negociaciones con los *goim*. Para calmar a los niños de turbulenta escolaridad, inventaron de sus propias tripas el miedo a lo oscuro, a lo innombrable mediante *el hombre de la bolsa*; completado a veces con el paso oportuno de los gitanos pronunciados con *tz*, los abstractos *tziganer* que nos robarían, condenándonos a deambular con ellos. Como lo de vivir en absoluta libertad no ejercía pavor suficiente sobre los díscolos, se agregaba el que nos venderían para ser... la palabra esclavos no se pronunciaba. Lo de la trata de blancas, junto con una panoplia de terrores y tabúes sexuales, nos lo inculcaron a las niñas, apenas un poco más tarde.

Cada familia conocía, en lo privado, nuevas alianzas y sordas guerras por el mercado, siempre escaso de maridos y de novios. Combate desigual ante la fascinación ejercida por el *goi*, el gentil, el otro. Esas guerras sutiles o feroces transcurrían en el idioma íntimo, secreto, el *idish*.

Bashevas Singer nos recuerda que esta lengua, es la única en el mundo que nunca fue hablada por el poder. Rudo destino de aquel idioma que llegó por oleadas de desesperanza y de furor a las costas del Atlántico, se metamorfoseó como mejor pudo y supo desde Nueva York pasando por Río hasta Buenos Aires, para expirar, casi de manera irremediable, a la intemperie de sus playas.

Si observamos de cerca el bagaje de esta gente vemos que en el principio trajeron el rencor, la enajenación por la expulsión a la que habían sido sometidos. Bajo tales condiciones veían a los otros que a su vez los veían como hostiles. Hostiles por sus respectivas apariencias, por no tener costumbre de vivir juntos, por las diferentes devociones y sacrificios a la divinidad: el exilio, tantísimo antes de Babel –para no salir de la referencia primera en el Génesis– qué duda cabe, ha sido y es una condena, lo dije al principio, como la traducción. Tal vez para rizar el rizo o para morderme la cola. Como se interroga Buber sin llegar a una respuesta: ¿en o hacia el comienzo?

Pues el exiliado-asilado está despojado de sus características y lo único que le queda –a veces–, como arma, es ir construyéndose una coraza, una costra ante la otredad con torpe o dolorosa ironía y zaherir a su vez con ella los que considera bárbaros. Es decir, empieza a traducir.

Porque qué es traducir y exiliarse sino tomar un bloque arbitrario de palabras, un sistema planetario de ideas, fonemas y fantasías otras y trasladarlo a otro sistema planetario desconocido. Con frecuencia las órbitas de desajustan y muchas palabras y leyes, generalmente las mayores, las más profundas y secretas quedan saltando como

resortes inertes, fuera de sus órbitas; sin orden ni concierto, por eso, traducción y exilio siempre son sinónimos de pérdida.

Llegar de una lengua, escribir en otra, a veces pensar en una tercera y vivir en la que se puede, constituye buena parte de la experiencia literaria de la novela contemporánea.

Las respuestas han sido varias, y los pactos, a veces fueron llevados hasta el límite porque, ya se sabe, desde lejos se tienen relaciones excesivas y en las filigranas de la nostalgia se manifiestan trasfondos de odio y resentimiento. *Finnegans wake*, sería en ese sentido, el gran texto de la lengua exilada, pero también hay otros pactos y negociaciones más o menos dramáticas con la lengua: son los de Primo Levi, Kundera, Conrad, Singer, Nabokov, Kosinski, Becket, Gombrowicz, Kafka o Cortázar. Y más cercanos Dujovne o Bianciotti. La relación al país de origen donde **no** se vive brinda, sólo con la mera enunciación de estos nombres, lo denso de esta jungla donde se han producido todos los exilios.

Cada autor de alguna manera y a su manera no es más que una biblioteca ambulante, un atlas, que a su vez refiere y nos reenvía a otras bibliotecas donde prolifera finalmente todo lo no escrito ni cartografiado.

Para el gran traslado de la comunicación realizan, realizamos negociaciones a veces extremas con la lengua, porque la única arma inalienable en manos del exilio es el sarcasmo. La ironía es capaz de absorber odio y piedad, sin envenenarnos demasiado. De producirse tal desposesión el mundo sería sólo un caos habitado por todos los bárbaros.

A medida que les traduzco cómo transcurre y crece mi tema del exilio, casi como un triángulo de Bermudas, porque traducción también es sinónimo de minoración y resta, una imagen persiste en el escenario: se trata de un cuadro de Bacon. De un círculo caótico de verdes, surge un árbol macizo, inerme, arrancado casi de cuajo. Sin anestesia. Como una muela del juicio. Las raíces a flor de tierra, desmesuradas para el tronco desguarnecido. Presiento que de ellas fructificarán algunos injertos, otros brotes perecerán sin remedio. Sobre esa línea fulgura, a modo de sendero un punto amarillo, evidente. Se diría la cabeza de un hombre. Un caballete acaso. El título de la obra de Bacon es contundente: *Retrato de Van Gogh*.

Nadie mejor que uno y otro para colocarnos frente al espejo de las ciudades que palmo a palmo nos van reduciendo la esperanza. Hay que observar siempre, para no presumir de nada, el surco del cual provenimos; baste mirar aunque sólo sea superficialmente el trato que las metrópolis brindan a cada nueva ola de inmigrantes: en un momento u otro de sus vidas, además de la serie vejaciones a cual más humillante o

dolorosa, todos pasan por eso, servir las mesas y limpiar las veredas de los otros o trajeados de uniformes fluorescentes, construir las carreteras para muy luego vaciarles sus tachos de basura, sus desechos. Corresponde al recién llegado mantener adecentado en suma, el inconciente de la ciudad. *On est toujours le juif de quelqu' un.*

Si bien estoy de acuerdo que para un escritor “patria” es donde uno escribe, no sobre qué o quién se escribe es imprescindible hurgar en el exilio de los nuestros para entender también nuestras propias expatriaciones. Los temores y temblores de aquellas panteras de nuestra sangre, sus susurros y lamentos por donde cuelan sus glorias y pesares infiltran sin cesar el imaginario del canal grande de ésta, nuestra escritura hispanoamericana a la que también en su honor pertenecemos.